

Discurso de Contestación

Leído por el académico licenciado Virgilio Díaz Ordóñez

Señor Presidente,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Considero un apreciable honor el que se me ha otorgado al designármese para ofrecer la salutación de bienvenida al distinguido recipiendario, señor ingeniero Emil de Boyrie Moya, en ocasión de su ingreso en el seno de la Academia Dominicana de la Historia. Su erudito trabajo *La posición cultural de Santo Domingo en la arqueología indo-antillana*, parte de cuya lectura acabáis de escuchar, constituye una hermosa credencial que inviste al nuevo académico de autoridad y méritos para ocupar, con dignidad y aplausos, el asiento que antes prestigió con sus talentos el también distinguido acadé-



mico Lic. Carlos Larrazábal Blanco, quien ha pasado a ser, de acuerdo con lo que disponen nuestros reglamentos, miembro supernumerario.

Bien y justamente razona el erudito recipiendario cuando exalta la posición cultural de la isla de Santo Domingo en la arqueología indo-antillana. De los muchos estudios arqueológicos realizados y de las muchas investigaciones practicadas en el territorio nacional (en gran parte de las cuales el señor ingeniero de Boyrie Moya intervino prominentemente), estudios e investigaciones que emprendiéronse al amparo generoso y por la entusiasmada iniciativa del pródigo mecenas de nuestras artes, nuestras ciencias y nuestra cultura, el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, creador de esta Academia Dominicana de la Historia, actitud que sigue manteniendo con vigorosa vitalidad su ilustre sucesor, el Honorable General Héctor Bienvenido Trujillo Molina, Presidente de la República, resulta la evidencia de que nuestra cerámica indígena acusa la existencia, con anterioridad al Descubrimiento, de un tipo de cultura, en esta parte de la isla, superior al existente en el resto del archipiélago antillano. Lógico es, pues, que sea preeminente la cultura dominicana en la arqueología indo-antillana.

Desde los comienzos de este siglo, el conocido profesor francés Gorphe señaló los amenazantes peligros que gravitan sobre la Historia y sobre la Justicia, en razón de que esas dos milenarias instituciones han venido estructurándose, casi exclusivamente, sobre el frágil, deleznable e inseguro material del testimonio humano. En efecto, el testimonio, hablado o escrito, tanto para el juez como para el historiador, coloca al investigador frente a la memoria del interpeado. Pero, ¿cómo funciona y hasta qué grado posee exactitud y transmite veracidad esa memoria?

Es preciso dejar de lado el testimonio adredemente falso: ni el juez —cuando es verdaderamente juez—, ni el historiador —cuando es verdaderamente historiador—, podrían ser engañados, o podrían dejarse engañar por el testimonio falso, de mala ley, de torcida o torpe intención. El verdadero peligro lo ofrece el testimonio de buena fe, el testimonio sincero, expresado en la total creencia de



que lo que se repite es la verdad, cuando puede ser lo cierto que todo cuanto se está repitiendo sea solamente una parte mal recordada, o difusa, o involuntariamente deformada, de la verdad.

Se ha dicho que para el artista las cosas no son como son sino como él las recuerda; y así las traduce en sus lienzos, o en sus versos, o en sus bronce, o en sus mármoles, o en su música. Del mismo modo podría decirse que, para el testigo, los hechos no son como fueron, sino como él los recuerda en el momento en que formula su testimonio. Y por lo mismo que traduce fielmente lo que en ese momento le dicta su memoria, vendría a ser un testigo sincero, pero de una sinceridad equivocada. Y son punto menos que inalcanzables los métodos que pudieran asegurarnos del perfecto, permanente y exacto funcionamiento de la memoria de los seres humanos.

Frente a esas complicadísimas, cuando no insuperables dificultades, la ciencia jurídica y la ciencia histórica han buscado caminos que conduzcan a presencia de elementos cuyo lenguaje o cuyo testimonio no sea el resultado de un proceso subjetivo de rememoraciones. Esto es: se ha buscado, paradójicamente, interrogar elementos cuyo mensaje no dependa ni se derive de un proceso de cristalización verbal supeditado a las fragilidades y a las bromas (a veces muy pesadas) de la memoria humana. En breves palabras: se ha buscado interrogar cosas que no tienen ni memoria ni voz, pero que, aún mudas, poseen un modo de expresión que, aunque silencioso, es invariable, sin contradicciones, verídico y, ¿por qué no?, elocuente y convencedor.

Así, para la justicia, la mancha de sangre, la ropa desgarrada, la huella dactilar, el arma sospechosa y todo ese cúmulo de elementos que las gentes del oficio llama "piezas de convicción", dirán y repetirán, en su estilo inaudible, siempre las mismas cosas, sin olvidar ninguna ni añadir o deformar alguna de ellas. Lo difícil es saberlas interrogar y saber traducir su mudo lenguaje. Pero igualmente difícil, y aún más, es llegar a conocer hasta dónde es normal la memoria de un testigo sincero y hasta dónde su expresión verbal traduce fielmente los dictados de su recuerdo.

Y así, también para la historia, las ruínas de un monumento, o



unas cuantas columnas trucas, o una vieja medalla desenterrada, o un antiguo escudo carcomido, expresarán, sin alteraciones ni pasionales arrebatos, todo cuanto ellos pueden transmitir de un pasado en donde gárrulos testimonios, escritos o hablados por los hombres, plantaron héroes imaginarios y grandezas ilusorias o donde su olvido sepultó glorias solemnes y enterró inéditos heroísmos.

Un grupo de ciencias, relativamente modernas, ha realizado notables progresos orientándose por rumbos donde no comparece —por inexistente y porque no hubiera sido necesario— el testimonio humano. La geología, acudiendo al copiosísimo archivo desierto de las rocas, las tierras y las aguas, ha entrevistado, hasta ahora, 2,100 millones de años de la existencia de nuestro planeta. Quiere esto decir que la geología, en cuanto a la existencia de la Tierra, está abarcando, en su manera de hacer historia, muchos millones de años anteriores a la aparición del hombre, a quien tenemos por inventor de la historia. Y en ese camino hacia el pasado infinito, no ha valido ni ha sido útil ni ha sido posible otro testimonio que el de las cosas que no poseen ni recuerdo ni voz. Nada es tan mudo como un fósil y, sin embargo, cuánto es capaz de enseñarnos si sabemos interrogarlo y aprendemos a interpretar su mensaje casi eterno.

En otro plano de estas mismas ideas, la arqueología, como ciencia que vive del estudio y observación del arte y los monumentos de la antigüedad, se ve obligada, por necesidad y por conveniencia, a prescindir del testimonio humano. Nacida no hace mucho (frente a las vastas perspectivas inmensas que estamos enfocando, hasta eso que llamamos *antigüedad* parece que sucedió ayer), esta joven ciencia se ocupa en la “antigüedad” y se ha desenvuelto con vigor y con éxitos ciertos. Cuando en 1868, el alemán Enrique Schliemann comenzó a cavar en el montículo de Hissarlik, en el Asia Menor, buscando el asiento de la legendaria Troya que cantó el inmortal Homero, no solamente puso al sol los escombros superpuestos de nueve ciudades olvidadas y sepultas (la séptima de las cuales fué Troya) sino que al mismo tiempo estableció una nueva dimensión de la historia.

Los caminos de la historia han dejado de ser exclusivamente horizontales y trazados sobre la superficie de las cosas, para hacer-



se profundos en la verticalidad de los acaecimientos. A la historia, con esta ciencia, le han nacido raíces.

La arqueología, amiga de excavaciones, adicta a desenterramientos, buscadora de cosas muertas, lleva un hálito de romanticismo al fondo sepulcral del pasado y, en una taumaturgia de resurrecciones, entrega a la historia, con rescatada vida, aquello que fué enigmático y fantasmal.

¿Pero es que todo el planeta es algo distinto a un giratorio sarcófago sideral revestido de capas y capas y más capas de cosas muertas? Lo que en este año está existiendo sobre la superficie de la tierra es sólo la 2,100 millonésima-ava parte de lo que ya dejó de existir. Floras y faunas, cordilleras y continentes, mares y ríos, razas y generaciones surgieron y desaparecieron en una infinita sucesión inexorable. Casi podría decirse —oh! poder de la tentación— que estamos rodeados de una geografía recién nacida. Si nos fuera posible someter a normas estadísticas el recuento de los seres humanos que han muerto en todos los tiempos y bajo todos los diluvios, las cifras finales nos darían una espantosa sensación de lo imposible. Por ese camino nos encontraríamos con la sorprendente emoción de que la vida no marcha hacia la muerte, sino que es de la muerte de donde se rehace interminablemente la vida. ¡Qué inconmensurable muchedumbre de almas debe estar colmando esa región que designamos frecuentemente con la frase sin orillas que se expresa con estas tres sencillas palabras: “el más allá”. ¡Y qué campos de investigación y estudio tan vastos tienen ante ellas la geología, la arqueología, la antropología, la etnología y todas esas ciencias que aparecen y avanzan como inmensos afluentes desbordados capaces de inundar y ahogar el convenido concepto tradicional que generalmente hemos venido teniendo de la historia!

Porque la *historia muerta* es infinitamente más vasta y menos conocida que la *historia viva*, tal como la humanidad viviente es infinitamente más reducida que la humanidad muerta. Recordad la afirmación de Spengler: “la historia debe ser escrita por poetas”; y ha sido un poeta moderno quien nos ha dicho esta sencilla y grandiosa verdad:



**“que lo que tiene el árbol de florido
viene de lo que tiene sepultado”.**

De ahí que la arqueología, buceando en los derrelictos del naufragio de los tiempos, nos traiga, a la superficie visible, sepultadas cerámicas cuyas formas, cuyo color, cuyos dibujos, nos hablan del arte, de las costumbres, de la vida, del espíritu, de la cultura de los hombres, razas y estirpes que no han sido iluminadas por la luz de la historia por haber quedado sumergidos en las densas penumbras de la pre-historia. En este sentido, la arqueología parece estar destinada a escribirnos la historia de la pre-historia.

Señor Académico de Boyrie Moya: sea vuestro recibimiento en el seno de la Academia Dominicana de la Historia motivo de justa satisfacción para vuestros colegas, de provecho para nuestros trabajos y de emulación para vuestras virtudes de investigador científico infatigable.

